

PAUL TREMBLAY

**UNA CABEZA
LLENA DE
FANTASMAS**

Traducción del inglés
Manuel de los Reyes



Título original: *A Head Full of Ghosts*

© de la obra: A HEAD FULL OF GHOSTS © Paul Tremblay, 2015

© de la traducción: Manuel de los Reyes García Campos, 2017

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: noviembre de 2017

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*
Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: FA
ISBN: 978-84-16858-26-2
Depósito Legal: M-25364-2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*En mi recuerdo, ella era la viga en mi ojo, y en el pasillo echaban
aquella peli de serie B.*

FUTURE OF THE LEFT,
«An Idiot's Idea of Ireland»

*¡Qué agradable, estar en esta sala tan grande y poder
merodear a mi antojo!*

CHARLOTTE PERKINS GILMAN,
«El papel pintado amarillo»

*¿Te cuento un secreto? ¿Me lo guardarás con celo y cariño?
Quizá no salte a la vista, pero el caso es que tú y yo no
somos los únicos ocupantes de este lugar.*

BAD RELIGION,
«My Head Is Full of Ghosts»

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

—Qué difícil debe de ser esto para ti, Meredith.

La escritora de *best sellers* Rachel Neville lleva puesto un conjunto de otoño perfecto: sombrero azul marino a juego con su recatada falda hasta las rodillas y una chaqueta de lana *beige* con botones tan grandes como cabezas de gatitos. Se esmera por no resbalar en la superficie irregular de la acera. Las losas de pizarra se han levantado, sobresaliendo del suelo con sus bordes, y se tambalean como dientes de leche sueltos bajo sus pies. De pequeña hacía lazos con mi hilo de seda dental rojo, los anudaba alrededor del diente que se me movía en aquel momento y después los dejaba allí amarrados, colgando durante días, hasta que el diente se me caía solo. Marjorie me acusaba de provocadora y me perseguía por toda la casa, intentando tirar del hilo, mientras yo chillaba y gritaba, entre muerta de risa y atemorizada; me asustaba pensar que, si le dejaba tirar de uno, ya no fuese capaz de aguantarse y acabara arrancándomelos todos.

¿De verdad ha pasado tanto tiempo desde que vivíamos aquí? Sólo tengo veintitrés años, pero a todo el que me pregunta le digo que tengo un cuarto de siglo menos dos. Me gusta ver cómo la gente se devana los sesos.

Evito las losas y camino por el abandonado patio delantero, cubierto de malas hierbas y maleza en primavera y verano, aunque ya

están empezando a retirarse con las primeras heladas del otoño. Las hojas y los tallos sarmentosos me hacen cosquillas en los tobillos y se me enganchan en las zapatillas. Si Marjorie estuviera aquí ahora, seguro que se inventaría sobre la marcha cualquier historia protagonizada por gusanos, arañas y ratones que se arrastran bajo el manto de hojas en descomposición dispuestos a darle su merecido a esa jovencita insensata que se ha alejado de la seguridad que representa la acera.

Rachel es la primera en entrar en la casa. Tiene una llave, y yo no. De modo que me quedo atrás, arranco una tira de pintura blanca de la puerta principal y me la guardo en el bolsillo de los vaqueros. ¿Por qué iba a quedarme sin un *souvenir*? Es evidente que muchos otros se han llevado ya el mismo recuerdo, a juzgar por lo descascarillado de la hoja de madera y la caspa que cubre el escalón del umbral.

No me había dado cuenta hasta ahora de lo mucho que echaba de menos este lugar. Me fascina su aspecto tan gris. ¿Sería así siempre?

Me cuelo dentro, lo justo para dejar la puerta a un suspiro de distancia de mi espalda. De pie en el piso de madera cubierto de arañazos del recibidor, cierro los ojos para visualizar mejor esta instantánea inicial de mi pródigo retorno: los techos son tan altos que nunca conseguía alcanzarlos; los radiadores de hierro forjado se ocultan en innumerables rincones desperdigados por todos los cuartos, deseosos de arder al rojo vivo una vez más; frente a mí, en línea recta, está primero el comedor y después la cocina, donde no había que quedarse nunca más tiempo del imprescindible, y a continuación un pasillo, un camino despejado que conduce a la puerta de atrás; a mi derecha, la sala de estar y más pasillos, como los radios de una rueda;

a mis pies, bajo el suelo, el sótano con sus cimientos de piedra y mortero y su frío piso de tierra, que todavía puedo sentir entre los dedos de los pies. A mi izquierda está la embocadura de la escalera, como un teclado de piano: blanca en las molduras y la barandilla, negra en los rellanos y los peldaños. Asciede hasta la primera planta recurvándose en tres juegos de escalones y dos rellanos intercalados. Va así: tres escalones hacia arriba, rellano, giro a la derecha, después sólo cinco escalones hasta el siguiente rellano, otro giro a la derecha y de nuevo seis escalones hasta el pasillo de la primera planta. Dar una vuelta completa al llegar al piso de arriba fue siempre mi parte favorita, pero, ay, cómo lamentaba que faltase aquel sexto escalón en el centro.

Abro los ojos. Todo se ve viejo, ajado y, en cierto modo, exactamente igual que antes. Sin embargo, el polvo, las telarañas, la escayola desportillada y el empapelado que se cae a jirones dan la impresión de ser falsos, aunque no sabría explicar por qué. Como si el paso del tiempo no fuese más que otro elemento del decorado para esta historia que ya se ha contado y vuelto a contar tantas veces que ha perdido cualquier atisbo de significado, incluso para aquellos de nosotros que la vivimos en primera persona.

Rachel se sienta en el extremo más alejado del largo diván que ocupa la sala de estar, prácticamente vacía por lo demás. Una funda de tela protege la tapicería de todo aquel lo bastante temerario como para acomodarse allí. Aunque quizá sea Rachel la que se beneficie de la protección, librándose del contacto con un diván mohoso gracias a la tela. Ahora el sombrero reposa acurrucado en su regazo, como un frágil pajarillo expulsado del nido a empujones.

Decido responder por fin a su pregunta implícita, aunque ya haya expirado.

—Sí, esto es difícil para mí. Pero no me llames Meredith, por favor. Me gusta más Merry.

—Lo siento, Merry. Quizás haya sido mala idea venir aquí. —Rachel se incorpora, el sombrero cae aleteando hasta el suelo, y oculta las manos en los bolsillos de la chaqueta. Me pregunto si también en ellos habrá guardado alguna escama de pintura o tiras de empapelado o cualquier otro tipo de fragmento del pasado de este lugar—. Podríamos hacer la entrevista en otra parte, donde tú te sientas más cómoda.

—No. De verdad. Está bien. Accedí a esto voluntariamente. Es tan sólo que estoy...

—Nerviosa. Te entiendo a la perfección.

—No —pronuncio ese «no» con el timbre melodioso y cantarín de mi madre—. Se trata justo de eso. Estoy todo lo contrario de nerviosa. Me siento tan cómoda que resulta casi abrumador. Por extraño que parezca, es sorprendentemente agradable haber vuelto a casa. No sé si eso tiene mucho sentido, y por lo general no suelo comportarme así, de modo que a lo mejor sí que estoy un poquito nerviosa. En cualquier caso, ponte cómoda, por favor, y me sentaré contigo.

Rachel vuelve a instalarse en el diván y dice:

—Merry, sé que no me conoces muy bien, pero te aseguro que puedes fiarte de mí. Pienso tratar tu historia con toda la dignidad y el respeto que se merece.

—Gracias, y te creo. De veras. —Me pongo en la otra punta del asiento, tan blando como un hongo venenoso. Agradezco la funda de tela ahora que me he sentado—. Si desconfío de algo, es de la historia en sí. No es mi historia, eso está claro. No me pertenece. Y va a ser complicado que nos adentremos en algunos de sus territorios inexplorados.

Sonrío, orgullosa de la metáfora.

—Considérame entonces una compañera de fatigas. —Su sonrisa, tan distinta de la mía, aflora con naturalidad en sus labios.

—Bueno, ¿y cómo la has conseguido? —pregunto.

—¿Cómo he conseguido qué, Merry?

—La llave de la puerta principal. ¿Has comprado la casa? No me parece una idea tan espantosa. Si bien es cierto que organizar visitas guiadas por la infame Casa de los Barrett no le salió bien al antiguo propietario, desde el punto de vista financiero, eso no significa que no pueda funcionar ahora. Sería una promoción fabulosa para el libro. Tú o tu agente podríais reanudar los *tours*, animándolos con lecturas públicas y dedicatorias en el comedor, tal vez incluso montar una tienda de regalos en el recibidor y vender ingeniosos y espeluznantes *souvenirs* junto con los libros. Yo podría ayudaros a preparar algún decorado o representar escenas en vivo en las distintas habitaciones de arriba. En calidad de..., ¿cómo era lo que estipulaba el contrato?... «asesora creativa». Me podría encargar del atrezzo y la dirección de...

Me pierdo en lo que, tras haber surgido con la intención de no ser más que una broma sin mayor trascendencia, está empezando a estirarse más de la cuenta. Cuando por fin termino de desvariar, levanto las manos y encajo a Rachel y al diván en el marco que he formado estirando los índices y los pulgares, como una cineasta imaginaria.

Rachel se ríe con diplomacia mientras dura mi cháchara.

—Sólo para que quede claro, Merry, mi estimada asesora creativa, no he comprado tu casa.

Soy consciente de lo deprisa que estoy hablando, pero es como si no pudiera detenerme:

—Habría sido lo más sensato, probablemente. Declino toda responsabilidad por las deterioradas condiciones físicas de este sitio.

Además, ¿no reza el dicho que comprando la casa de otro te arriesgas a que venga con un montón de problemas ajenos a tu cuenta?

—Tras recibir tu más que razonable petición de que hoy no nos acompañara nadie, me las apañé para convencer al agente de la inmobiliaria, muy servicial el hombre, para que me prestara la llave y nos dejara pasar un rato en la casa.

—Seguro que eso atenta contra algún tipo de regulación del Estado, pero tu secreto está a salvo conmigo.

—¿Se te da bien guardar secretos, Merry?

—Mejor que a otros. —Tras hacer una pausa, añadió—: La mayoría de las veces son ellos los que me guardan a mí. —Únicamente porque suena misterioso y, al mismo tiempo, sucinto.

—Merry, ¿te parece bien que empiece a grabar ya?

—¿Cómo, no vas a tomar apuntes? Te imaginaba estilográfica en mano, armada con una libretita negra que esconderías orgullosa en algún bolsillo de la chaqueta. Estaría llena de pestañas y puntos de lectura de distintos colores para marcar qué páginas contienen notas de documentación, cuáles perfiles de los personajes y cuáles aleatorias pero incisivas observaciones acerca del amor y la vida.

—¡Ja! Nada más lejos de mi estilo. —Rachel se relaja visiblemente, estira un brazo y me pone la mano en el codo—. Deja que te confiese uno de mis secretos: soy incapaz de leer mis propios apuntes. Creo que una de las mayores motivaciones para convertirme en escritora fue poder restregárselo por la cara a todos los maestros y compañeros de clase que se burlaban de mi caligrafía.

Su sonrisa, titubeante y real, hace que me caiga todavía mucho mejor. También me gusta que no se tiña el pelo salpicado de canas, que se comporte con corrección sin resultar estirada, que cruce el pie izquierdo por encima del derecho, que el tamaño de sus orejas no

desentone con el de su cara y que aún no haya hecho ninguna observación sobre el lugar tan sórdido, viejo y vacío en que se ha convertido el escenario de mi niñez.

—¡Ah, la venganza! Tu futura biografía se titulará *¡El método Palmer debe morir!* y les enviarás un ejemplar a cada uno de tus desconcertados y desde hace tiempo ya jubilados maestros, con su correspondiente autógrafo ininteligible garabateado en rojo, por supuesto.

Rachel se abre la chaqueta y saca su móvil.

Muy despacio, me agacho y recojo su sombrero azul del suelo. Tras sacudirle el polvo con delicadeza, me lo pongo en la cabeza con una floritura. Me queda demasiado pequeño.

—¡Tachán!

—Te sienta mejor que a mí.

—¿Lo dices en serio?

Me dedica otra sonrisa. Esta no consigo interpretarla del todo. Sus dedos saltan y tamborilean sobre la pantalla táctil del teléfono inteligente, y en el páramo desierto de la sala de estar se oye un pitido. Es un sonido espantoso; frío, definitivo e irrevocable.

—Por qué no empiezas —me dice— hablándome de Marjorie y de cómo era antes de que ocurriera todo lo que ocurrió.

Me quito el sombrero y lo hago girar. La fuerza centrífuga de las rotaciones debería dejarlo apoyado en mi dedo o mandarlo volando a la otra punta de la habitación. Si despega, me pregunto en qué lugar de esta casa tan grande aterrizará.

—Mi Marjorie... —comienzo a hablar, pero me interrumpo enseguida porque no sé cómo explicarle que mi hermana mayor no ha envejecido ni un ápice en más de quince años y que nunca hubo un *antes de que ocurriera todo lo que ocurrió*.

CAPÍTULO 2

LA ÚLTIMA CHICA DEFINITIVA

¡Anda, pero si es otro BLOG! (¡Qué retro!) ¿¡¿!O será LA ÚLTIMA CHICA DEFINITIVA el mejor blog de todos los tiempos!?!? Aquí exploramos todo lo que tenga que ver con el terror y lo terrorífico. ¡Libros! ¡Cómics! ¡Videojuegos! ¡Series! ¡Películas! ¡Cosas del instituto! Desde la entrañable y escabrosa cutrez de los programas de madrugada a la sofisticación del cine de autor más presuntuoso. Cuidado con los *spoilers*. ¡¡¡¡¡VOY A HACER SPOILERS!!!!

BIO: Karen Brissette

Lunes, 14 de noviembre del 20__

La posesión, quince años después: episodio 1 (primera parte)

Sí, ya lo sé, cuesta creer que el programa de telerrealidad predilecto de todo hijo de vecino

(a mí me gustaba, qué pasa), aquel éxito fulgurante que respondía al nombre de *La posesión*, debutara en las ondas por primera vez hace ya quince años. Quince años... Qué pasada, ¿no? ¡Ah, añorados tiempos felices aquellos en los que nos espiaba la Agencia Nacional de Seguridad, todavía podían descargarse *torrents*, participábamos en *crowdfundings* y la economía aún no se había desplomado del todo!

Vamos a tener que fletar un carguero más grande para transportar mi prolija deconstrucción de los seis episodios que compusieron la serie. Hay tanto de lo que hablar... Podría escribir una disertación únicamente sobre el piloto. ¡Ya no me aguanto las ganas! ¡Ni vosotros! ;;;Karen, deja de ponernos los dientes tan largossssssss!!!!

Insértese aquí la voz solemne y autoritaria que corresponda: A mediados de los 2000, que tu *show* se cayera de la parrilla en plena temporada de otoño/navidades y fuese sustituido por otro presagiaba una cancelación fulminante. Pero tras el éxito de *Duck Dynasty* y tantos otros programas pertenecientes al denominado género de la «paletorrealidad» que emitían las cadenas por cable, cualquier franja horaria podía albergar el próximo *reality show* que fuese a dar el campanazo sin que nadie se lo esperara.

(Inciso: Estos programas de «paletorrealidad» [término burgués donde los haya] suplían la carencia de comedias y dramas orientados a la clase trabajadora... ¿Os acordáis de *Green Acres* o *The Dukes of Hazzard*? Nah, yo tampoco).

El Discovery Channel apostó fuerte por *La posesión*, aunque a priori no daba la impresión de tener lo que hacía falta para amoldarse al concepto de paletorrealidad. El plató (en efecto, utilizo la palabra «plató» porque voy a referirme al programa como si este fuese una obra de ficción, cosa que era porque, en fin, es lo que son los programas de «telerrealidad», claro. Que todo hay que explicarlo) estaba ubicado en el boyante suburbio de Beverly, Massachusetts. Lástima que la familia Barrett no tuviera la atinada previsión de irse a vivir al pueblo de al lado, Salem, donde, ya sabéis, quemaron a todas aquellas brujas en los tiempos de antaño. ¡Solicito por la presente que cualquier posible secuela se ambiente y se ruede en Salem, por favor! Es broma, pero tampoco les costaba tanto emitir *La posesión* desde un sitio que se hizo tristemente famoso por torturar a jovencitas «descarriadas» hasta matarlas, ¿no? En fin, que me enrolló... Total, que sí, que a primera vista el programa no contenía paletos, ni parajes recónditos, ni estanques con tortugas

de las que pegan bocados, ni perlas de sabiduría popular impartidas por gente de a pie con la cabeza bien sentada sobre los hombros; fundamentalmente, barbudos desgrefñados con monos de tirantes por toda indumentaria. Los Barrett representaban el estereotipo de familia de clase media en un momento en el que la clase media estaba empezando a extinguirse a marchas forzadas. Su evanescente clasemedianismo constituía uno de los principales alicientes para la audiencia, compuesta por trabajadores precarios y parados de larga duración. Son muchos los estadounidenses que se consideraban y continúan considerándose de clase media aunque ya no lo sean, desesperados por creer en las virtudes de su inexistente estatus y los valores del capitalismo burgués.

Aparece entonces esta familia, que parece sacada de una comedia de los 80 (en plan *Enredos de familia*, *¿Quién es el jefe?* o *Los problemas crecen*), asediada por fuerzas externas (tanto en la ficción como en la vida real). Donde *La posesión* dio en el clavo fue con John Barrett, padre desempleado a sus cuarenta y pico. El estado de las finanzas de la familia, como ocurría en tantos otros hogares, era, por decirlo finamente, una auténtica porquería. Barrett se había pasado diecinueve años trabajando para el fabricante de juguetes Barter Brothers, pero

acababan de rescindirle el contrato después de que Hasbro adquiriera la empresa y clausurase la fábrica que llevaba funcionando ochenta años en Salem (¡otra vez Salem! A ver, ¿dónde están esas brujas?). John, que no tenía ningún título universitario, había empezado a trabajar en la fábrica a los diecinueve, ascendiendo sin parar desde sus inicios en la cadena de montaje, subiendo peldaño a peldaño hasta convertirse en el encargado de la sala de correspondencia. A cambio de sus dos décadas de servidumbre le habían dado treinta y ocho semanas de indemnización por despido, cifra que él se las apañó para estirar hasta subsistir durante un año y medio de ella. Pero todo lo que se estira en exceso acaba rompiéndose; los Barrett tenían dos hijas y una casa de buen tamaño que mantener, un impuesto sobre bienes inmuebles que pagar y el proverbial montón de esperanzas, promesas y anhelos inmanentes al estilo de vida de la clase media.

El episodio piloto se inaugura con las desventuras de John. ¡Qué decisión tan magistral por parte de los escritores/productores/programadores! Abrir con una de las numerosas reconstrucciones de los supuestos actos de posesión habría sido un cliché excesivo y, francamente, una patochada como un piano. En vez de eso, nos mostraron

unas granulosas fotos en blanco y negro de la antigua fábrica de John en sus tiempos de gloria, combinadas con escenas de los trabajadores en plena faena, felizmente atareados con sus juguetes de gomaespuma. A continuación, un montaje casi subliminalmente rápido de imágenes parpadeantes: políticos en el Capitolio, manifestantes indignados y armados con pancartas de *Occupy Wall Street*, mítines del Tea-Party, gráficos e índices de desempleo, tribunales en caótica ebullición, bustos parlantes echando espumarajos por la boca y un desfile de operarios desconsolados por tener que abandonar la fábrica de Barter Brothers. Aún no llevamos ni un minuto de serie y ya hemos sido testigos de la nueva, pero más conocida de lo que nos gustaría, tragedia económica americana. El show pronunció una solemne declaración de principios, envuelta en un aura de desasosiego, apostando por el realismo y presentándonos antes que a nadie a John Barrett: nuevo posmilenial emasculado y símbolo viviente del declive de la sociedad patriarcal. ¡Pero menudo símbolo, señores! No podríamos haber pedido uno mejor, ¿a que no?

Buf, no era mi intención empezar esta serie de entradas sobre LA serie, con mayúsculas, centrándome en la política. Os prometo que no tardaré en llegar a las vísceras, los pelos de punta y la diversión, pero antes tendréis que

tener un poquito de paciencia conmigo... ¡¡¡PORQUE LO DICE KAREN!!!

Si *La posesión* pretendía emular a tantas de las ultraconservadoras películas sobre posesiones y terror que la antecedían, iba a hacerlo encaramada a los encorvados hombros del *hombre de la casa*. El mensaje había quedado muy claro: papá Barrett estaba en el paro y, por consiguiente, eso atestiguaba el carácter incontrovertible de la degradación que afectaba tanto a su familia como al conjunto de la sociedad en pleno. Mientras tanto, el trasfondo de la pobre mamá, Sarah Barrett (estoica empleada de banca), sólo se nos describe con pinceladas en el segmento inicial. El hecho de que sea ella la que ponga el pan en la mesa de la familia no se menciona hasta bien entrado el piloto, cuando hace una observación de pasada sobre su empleo en el transcurso de una de las sesiones en el confesionario (¿¿¿os habéis fijado???, qué cucos). Sarah es básicamente otro elemento del decorado durante la entradilla, en la que podemos ver un montaje de fotos de boda y retratos de las dos hijas, Merry y Marjorie.

En las fotos todo el mundo sale sonriente y feliz, pero la ominosa sintonía que suena de fondo no es nada halagüeña... (¡chan, chan, CHAN!).

CAPÍTULO 3

Le digo a Rachel que no hay ningún punto de partida, ninguna zona cero, para lo que sucedió con Marjorie y nuestra familia.

Si lo hubo, mi yo de ocho años no fue consciente de ello y mi yo de casi un cuarto de siglo no es capaz de distinguirlo a través de la lente, en teoría tan nítida, de la retrospectiva. Peor aún, mis recuerdos se confunden con mis pesadillas, con las extrapolaciones, con las sesgadas crónicas orales de abuelos, abuelas, tías y tíos, además de con todas las leyendas urbanas y las mentiras propagadas a través de los medios de comunicación, la cultura popular y el poco menos que incesante aluvión de páginas web/blogs/canales de YouTube dedicados al programa (confieso pasarme más tiempo del que debería leyendo ese tipo de cosas *online*). Todo eso, en definitiva, contribuye a embrollar irremediablemente lo que sabía entonces y lo que sé ahora.

En cierto modo, el hecho de que mi historia personal no sea mía en exclusiva, sino que esté poblada de agentes externos, hablando tanto literalmente como en sentido figurado, me parece casi tan horrible como lo que pasó en realidad. Casi.

Permíteme darte un ejemplo antes de que nos pongamos en serio.

Cuando tenía cuatro años, mis padres asistieron a dos sesiones de terapia de pareja que organizaba la iglesia. Según he podido colegir a partir de resúmenes de segunda, tercera y hasta cuarta mano sobre lo

ocurrido, papá se empeñó en acudir allí con la esperanza de superar la mala racha que atravesaba su matrimonio y reinsertar a Dios tanto en su relación como en sus vidas. Mamá, por aquel entonces, ya no profesaba ni el catolicismo ni ninguna otra fe y se oponía con vehemencia a la idea, pero lo acompañó a pesar de todo. El porqué es algo que queda abierto a todo tipo de interpretaciones, dado que no se lo contó nunca a nadie, y mucho menos a mí. Se moriría de vergüenza si me oyera hablar de esto ahora mismo. El primer fin de semana debió de salir bastante bien, con su cabaña de paredes diagonales, sus paseos por el bosque, sus debates en grupo y sus ensayos para facilitar el diálogo; las parejas se turnaban para poner por escrito y después compartir con los demás sus respuestas a preguntas relacionadas con sus respectivos matrimonios, planteadas todas ellas en el contexto de alguna enseñanza o texto entresacado de la Biblia. El segundo fin de semana, en cambio, parece ser que ya no fue tan sobre ruedas; mamá se fue en plena sesión de terapia, dejando plantado a papá, cuando este, supuestamente, se puso delante de toda la congregación para citar un versículo del Antiguo Testamento que decía algo así como que la mujer tiene que someter su voluntad al varón.

Ahora bien, cabe por entero la posibilidad de que esa historia sobre la supuesta espantada de mamá no sea más que una simple exageración, a poco que nos fijemos en un par de hechos: es cierto que mis padres se fueron antes de tiempo, al segundo fin de semana, pero acabaron pasando la noche en un casino de Connecticut y, aunque es sabido que papá había redescubierto la religión cuando éramos mayores, se pasó (y nosotras con él) muchos años sin pisar una iglesia (ni católica ni de otro tipo) antes de que intentara ponerse en práctica ningún exorcismo. Quería referirme a estos hechos

tanto en aras de la exactitud y el contexto como para puntualizar que, por mucha gente que crea a pies juntillas que mi padre citó el antedicho pasaje de la Biblia aquel día, tampoco podemos descartar por completo que nunca lo hiciera.

No estoy insinuando que me parezca descabellado que papá le citase a mamá el versículo de la discordia; en realidad, habría sido algo muy propio de él. El resto de esa historia tan peculiar no es difícil de imaginar: mamá sale hecha una furia de la cabaña, papá la persigue corriendo, implorándole que lo perdone con gran profusión de disculpas, y luego, en desagravio por el disgusto que le había dado, se la lleva al casino.

Fuera como fuese, lo que mejor recuerdo de aquellos fines de semana de terapia de pareja es que mis padres se iban tras prometernos que volverían enseguida. La acción de *irse* es lo único que se le quedó grabado en la memoria a mi yo de cuatro años. El tiempo y el espacio eran conceptos desconocidos para mí. Tan sólo sabía que «se habían ido», lo cual sonaba tan indescriptiblemente extraño como el hilo conductor de cualquiera de las fábulas de Esopo. Estaba convencida de que se marchaban porque ya estaban hartos de que me negase a comer la pasta en caso de que llevase salsa para espaguetis. Papá siempre acababa enfurruñado, mascullando entre dientes que no se creía que no me gustara la salsa mientras me sazónaba los macarrones con forma de codo (mi variedad de pasta predilecta) con mantequilla y pimienta. En su ausencia, era la tía Erin, la hermana pequeña de papá, la que nos cuidaba a Marjorie y a mí. Marjorie ni se inmutaba, pero yo estaba demasiado asustada y alterada como para ceñirme a la rutina del sueño de todas las noches. Lo que hacía era erigir una meticulosa fortaleza de animales de peluche alrededor de mi cabeza mientras la tía Erin me cantaba una canción tras otra,

tras otra, tras... Según ella, el tema podía ser cualquiera, siempre y cuando yo antes lo hubiese escuchado en la radio.

Vale, prometo no sembrar de notas a pie de página todas las fuentes (controvertidas o no) de mi historia. Sólo quería aprovechar estos primeros compases para demostrar lo peliagudo que es esto y lo aún más peliagudo que se podría volver.

Para ser sincera, influencias externas al margen, hay partes que recuerdo con todo lujo de espantosos detalles. Tanto que me intimida la posibilidad de extraviarme yo sola en el laberinto de mi propia memoria. Otras partes, en cambio, se obstinan en permanecer tan nebulosas e insondables como la mente de otra persona, y temo que el orden cronológico de los distintos acontecimientos se haya combinado y comprimido en mi cabeza hasta quedar irreconocible.

En fin, sea como sea, teniendo todo eso en cuenta, comencemos de nuevo por el principio.

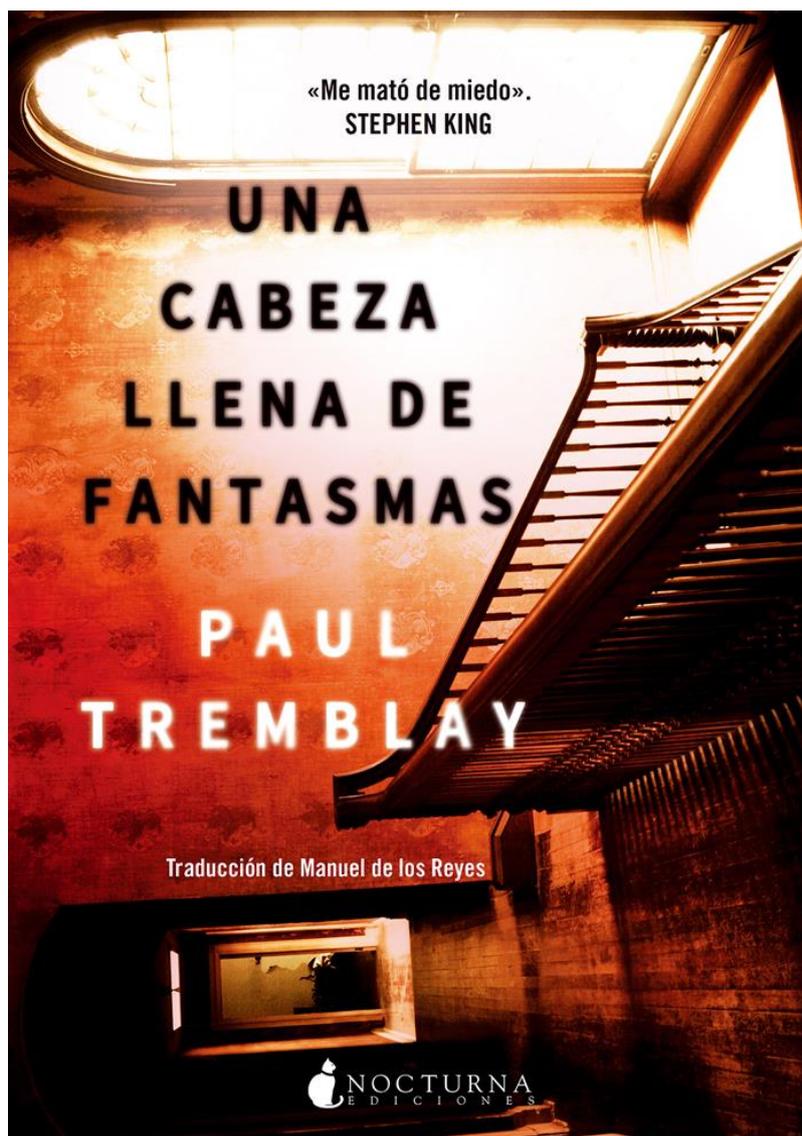
Lo que con tan poca sutileza pretendía aclarar con este largo preámbulo es que intentaré esforzarme al máximo por encontrar el punto de partida apropiado.

Aunque supongo que, sin proponérmelo, ya lo he encontrado, ¿verdad?

SIGUE LEYENDO

UNA CABEZA LENA DE FANTASMAS

Paul Tremblay



ISBN: 978-84-16858-26-2 | PVP: 16,50 € | A la venta: 6-11-2017

 **NOCTURNA**
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com